

# La tercera investigación sobre el Jesús histórico

Oriol Tuñí

fe-teología

*El tema es de una cierta actualidad, pero viene de lejos. El siglo XIX, que asistió al nacimiento de tantas ciencias, dio también la bienvenida a la historia como disciplina académica autónoma. Los notables hallazgos arqueológicos y lingüísticos de la segunda mitad del siglo XIX fueron, por una parte, una sorpresa inimaginada; por otra, corroboraron el nacimiento de una nueva ciencia. Los promotores de la historia académica llegaron a formular un principio que presidía los esfuerzos por recuperar el pasado: volver a la realidad «tal como propiamente había sido» (wie Es eigentlich gewesen ist, en frase de L. von Ranke).*

Esta pretensión de volver a la realidad acontecida «exactamente como había sucedido» se utilizó también para la historia de Jesús<sup>1</sup>. La aplicación era, hasta cierto punto, inevitable: la historia había ido elaborando sus propias reglas de verificación que podían ser utilizadas también para constatar la autenticidad de los datos que se poseían sobre la figura histórica de Jesús de Nazaret. Se trataba de cotejar la cronología, la geografía y demás datos de la vida de Jesús con la cronología, la geografía y la información que se conocía a través de la documentación que ofrecían los múl-

<sup>1</sup> El semanario *Alfa y Omega*, n.º 522/30-XI-2006 de *ABC*, en la contraportada, anuncia la próxima aparición del primer volumen de una obra de Benedicto XVI sobre Jesús. El título del artículo de la contraportada es significativo: «Jesucristo es el Jesús histórico».

tiples testigos de la historia romana de la época. Es casi innecesario subrayar que los objetivos de estos estudios eran muy diversos: desde el intento de mostrar que el cristianismo había sido un fraude de los discípulos que robaron el cuerpo de Jesús, pasando por explicaciones sencillamente naturalistas de los grandes milagros de Jesús (Jesús no andaba sobre las aguas, sino por una zona de muy poca profundidad del lago) o por un análisis más riguroso y crítico

---

*el siglo XIX descubrió  
que el Jesús de Nazaret  
y el Cristo, objeto  
de la fe eclesial,  
no coinciden*

---

de los datos aceptados hasta entonces. Otros autores llegaron a la conclusión de que Jesús había sido un visionario, que pretendía que la llegada del Reino estaba a las puertas y que murió en aras de esta visión apocalíptica, tan propia de su tiempo.

De esta forma, el siglo XIX fue testigo de la aparición de múltiples «vidas de Jesús». La proliferación de las mismas provocó, a comienzos del siglo XX, la publicación de un gran boletín bibliográfico por parte de un teólogo, médico y músico: el Dr. Albert Schweitzer. El título de la obra era: «historia de la

investigación sobre la vida de Jesús»<sup>2</sup>. Fue la traducción inglesa la que introdujo la palabra «Quest» que pasará a calificar las tres etapas en que se ha dividido el esfuerzo de la ciencia histórica por recuperar los hitos fundamentales de la vida de Jesús<sup>3</sup>. Diremos una palabra de las tres etapas, para acabar con unas consideraciones más genéricas sobre el sentido de la investigación sobre el Jesús histórico.

#### La primera etapa: desde 1815 hasta 1906

La razón por la que la investigación sobre Jesús se refiere a una primera etapa es, sin duda, el boletín bibliográfico de A. Schweitzer. Se trata de una obra que es, a la vez, un serio balance crítico de los autores presentados. A. Schweitzer viene a decir que el Jesús de cada autor tenía más del autor que de Jesús. O por lo menos esto es lo que se deduce de sus críticas.

Digamos una palabra de esta primera etapa. Los múltiples autores presen-

<sup>2</sup> El título de la edición original era «Desde Reimarus hasta Wrede» (*Vom Reimarus zu Wrede*), pero pronto se tituló *Geschichte der Leben Jesu Forschung* (Tübingen, 1972, original de 1906; la primera parte de la obra que viene publicándose en alemán en dos volúmenes, tiene traducción castellana: *Investigación sobre la vida de Jesús*, Valencia, 1990).

<sup>3</sup> La traducción inglesa se denominó *The Quest of the historical Jesus*, London, 1954.

tados y valorados por Schweitzer son muy diversos y sus aportaciones tienen una importancia muy variable. Al lado de presentaciones sumamente superficiales y poco críticas tenemos otras de una calidad innegable, cuyas aportaciones tendrán vigencia hasta nuestros días. Sin embargo, a pesar de la notable diversidad, hay una serie de aspectos en los que la inmensa mayoría están de acuerdo. Por encima de todo, que Jesús de Nazaret y el Cristo objeto de la fe eclesial, no coinciden. En una formulación que se ha repetido frecuentemente, se abre un profundo abismo entre uno y otro. La presentación de la vida de Jesús que alcanza la investigación histórica es muy distinta de la que se da de la mano de la fe eclesial, incluso si esta segunda presentación se quiere ceñir a los datos que considera históricos. Es decir, la historia, como disciplina académica, utilizando un instrumental que tiende a respetar lo que se llama la «objetividad» de los datos alcanzados, obtiene unos resultados sensiblemente más modestos que los que produce una presentación de la vida de Jesús hecha de la mano de la fe eclesial.

Al lado de esta constatación, esta larga y dilatada primera etapa ofrece otros aspectos positivos. En el fondo, ayuda a definir lo que ha venido a llamarse el género literario de los evangelios. Para decirlo en la formulación de un renombrado autor de finales del siglo XIX, «los evangelios nos enseñan

más sobre los medios culturales en que se escriben que sobre los sucesos que narran» (J. Wellhausen). La primera etapa también es el caldo de cultivo que lleva a W. Wrede a definir el evangelio según Marcos como un notable proyecto teológico, más que como una narración biográfica<sup>4</sup>. En una palabra, a pesar de que la losa del balance bibliográfico de A. Schweitzer sigue pesando mucho, sin embargo el siglo XIX, en su nuevo planteamiento sobre la recuperación de la historia de

---

*el siglo XIX, en su nuevo  
planteamiento de la historia  
de Jesús, representa una etapa  
de gran maduración de un  
aspecto nunca tratado  
hasta entonces*

---

Jesús, representa una etapa de gran maduración de un aspecto que no se había planteado nunca en los términos en que la mayoría de los grandes autores lo abordaron.

### La segunda etapa: de 1953 a 1980

Desde el comienzo del siglo XX hasta el nacimiento de lo que se llamó la «nueva investigación» sobre el Jesús

---

<sup>4</sup> *Das Messiasgeheimnis in der Evangelien*, Göttingen, 1901.

histórico<sup>5</sup> se abre un período que ha sido considerado, sin excesivos matices, como una época «neutra» en la podría parecer que el interés por la investigación histórica ha desaparecido. Esta apreciación<sup>6</sup> no parece ajustarse a los hechos. Entre otras cosas porque en este período se publican múltiples obras sobre Jesús (entre ellas el «Jesús» de R. Bultmann que va a ser un detonador para la reacción de sus discípulos)<sup>7</sup>. Cabe tener en cuenta también la obra de M. Goguel<sup>8</sup>, o también la de J. Klausner<sup>9</sup>, si no la primera, ciertamente una de las primeras obras judías sobre Jesús. Los teólogos católicos también se apuntan en esta época a escribir vidas de Jesús<sup>10</sup>.

Esta nueva etapa tiene un punto de partida cronológico: los antiguos alumnos de R. Bultmann, reunidos en Jugenheim, escuchan atentamente la conferencia de E. Käsemann el 20 de octubre de 1953. El tema es precisamente «El problema del Jesús his-

tórico»<sup>11</sup>. En ella el inconformista y díscolo discípulo de Bultmann reivindica no solamente la legitimidad de la investigación sobre Jesús, sino que aboga por la necesidad de la misma. Según Käsemann, Bultmann no puede explicar por qué aparece el género literario «evangelio». Como dirá un poco más tarde (1966), no son las seguridades o la búsqueda de certezas lo que fuerza la investigación del Jesús de la historia; es el mismo Nuevo Testamento el que lleva a ella<sup>12</sup>.

Aquí se introduce una distinción fundamental, latente en muchas de las obras sobre el tema, pero que no había sido considerada en el siglo XIX y que muestra una cierta madurez hermenéutica: una cosa es la investigación histórica sobre la vida de Jesús y otra muy distinta el interés del Nuevo Testamento en la realidad humana de Jesús. Naturalmente que ambas cuestiones no están desligadas, pero conviene distinguirlas<sup>13</sup>.

<sup>5</sup> J. M. ROBINSON, *A New Quest of the Historical Jesus*, London, 1959.

<sup>6</sup> Para algunos este período se llama significativamente «no Quest».

<sup>7</sup> *Jesus*, Berlin, 1926.

<sup>8</sup> *La vie de Jésus*, Paris, 1932.

<sup>9</sup> *Jesus of Nazareth. His Life, Times and Teaching*, London, 1925 (hay traducción castellana, *Jesús de Nazaret. Su vida, su época, sus enseñanzas*, Barcelona, 1989, original hebreo de 1922).

<sup>10</sup> Los nombres de J. Lebreton, L. Cl. Fillion, L. de Grandmaison y G. Ricciotti tienen aquí su lugar.

<sup>11</sup> «Das Problem des historischen Jesus» publicado en ZThK 51 (1954) 125-153 (hay traducción castellana: «El problema del Jesús histórico» en la obra: E. KÄSEMANN, *Ensayos exegeticos*, Salamanca, 1978, pp. 159-190).

<sup>12</sup> E. KÄSEMANN, «Sackgassen im Streit um den historischen Jesus», en su obra *Exegetische Versuche und Bestimmungen*, Göttingen, 1968, vol. II, pp. 31-68, cita de la p. 66.

<sup>13</sup> Este es el tema de un penetrante artículo de N. A. Dahl que los estudiosos de la investigación sobre el Jesús histórico muy a menudo olvidan o ignoran: «Der historische Jesus als geschichtswissenschaftliches

Esta «nueva» investigación, mejor dicho, lo que se considera una nueva etapa del Jesús histórico es el marco en el que conviene situar y leer la conocida instrucción sobre la verdad histórica de los evangelios que se publicó paralelamente a la Constitución *Dei Verbum* del Vaticano II<sup>14</sup>. La fecha es significativa porque la exégesis católica se apunta también a la investigación sobre el Jesús histórico: «Los evangelios y la historia de Jesús» de X. Léon-Dufour se publica en 1963. Por parte de la teología fundamental se establecen una serie de criterios de historicidad de los relatos evangélicos, ampliando notablemente el criterio de desemejanza<sup>15</sup> que parecía ser el único utilizado por los discípulos de Bultmann.

Podemos decir, por tanto, que la segunda etapa de la investigación sobre el Jesús histórico se da en continuidad con la primera, pero en una explícita profundización de las implicaciones hermenéuticas y teológicas de la in-

und theologisches Problem», *KuD* 1 (1956) 104-132.

<sup>14</sup> *Sancta Mater Ecclesia*, Instrucción sobre la verdad histórica de los evangelios, *Ecclesia* 24 (1964) 735-738.

<sup>15</sup> Este criterio de discernimiento histórico lo define Käsemann así: «cuando una tradición, por motivos de cualquier género, no puede deducirse del judaísmo ni atribuirse a la cristiandad primitiva, y especialmente cuando el judeo-cristianismo ha templado como demasiado atrevida o ha remodelado la tradición que había recibido», *El Problema*, p. 179.

vestigación. Tanto los discípulos de Bultmann (E. Käsemann, pero también H. Conzelmann, E. Fuchs, H. Braun, G. Bornkamm), como otros exegetas independientes (mayormente la llamada escuela escandinava, N. A. Dahl, B. Gerhardson, H. Riesenfeld), como también la exégesis católica (X. Léon-Dufour, R. Latourelle, H. Schürmann, R. Marlé) e incluso judía

---

*la historia se puede  
considerar en su mera  
facticidad o, también,  
en su capacidad  
de modelar el futuro*

---

(D. Flusser, Sh. Ben Horin, G. Vermès) se esfuerzan en deslindar campos y en clarificar que la complejidad de la investigación se debe, sobre todo, a temas tan complejos como el papel y sentido de la historia para la fe o también a la posibilidad de considerar la historia en su mera facticidad o en su capacidad de modelar el futuro.

### La tercera etapa: 1980-...

Con esto llegamos a la llamada tercera etapa. El título, «la tercera investigación del Jesús histórico», que debemos a T. Wright, ha sido populariza-

da por uno de los representantes de la nueva etapa: M. Borg<sup>16</sup>.

Esta tercera etapa nace en el marco de una renovada exégesis del NT a través de la asimilación e incorporación de múltiples aspectos que pueden ser considerados como nuevos. Enumeremos algunos: *a)* Un estudio sociológico del NT, que toma más en serio no sólo las condiciones en que se escriben las obras, sino también las mismas condiciones de vida del tiempo de Jesús; *b)* un uso mucho más explícito de obras extracaránicas (por ejemplo, el llamado evangelio de Tomás), o incluso una valoración mucho más positiva de fuentes no usadas como tales en la primera etapa (como sería la segunda fuente sinóptica, como referencia a Juan B. y a la cristología sapiencial [Q]); *c)* el uso de varios criterios de historicidad (mayormente el de verosimilitud histórica), además del criterio de desemejanza, potenciado en la etapa anterior; *d)* el carácter ecuménico o internacional de esta nueva etapa; *e)* el tomar en serio el hecho de que Jesús era judío y que pertenecía al Judaísmo de su tiempo.

Los estudios publicados en esta nueva etapa son muy numerosos. Las imágenes de Jesús que se han presentado son notablemente variadas, según el trazo que más sobresale: un mago (M. Smith), un carismático (M. J.

Borg), un exorcista (G. H. Twelftree), un profeta social (R. A. Horsley), un sabio (D. Crossan), un profeta escatológico (E. P. Sanders, J. Meier).

Para un observador que observe la evolución de la investigación a lo largo de doscientos años esta nueva etapa aparece como mucho más en continuidad con la primera que con la segunda. En efecto, la profundización hermenéutica y teológica de la «new Quest» ha dejado paso a una consideración mucho más positivista de la historia y, lo que es más alarmante, de los mismos textos. Los textos llegan a utilizarse en su literalidad<sup>17</sup>. Lo cual resulta por lo menos curioso. Pero, además, se ha recuperado una cierta ingenuidad en la investigación: parece que, sin decirlo, se puede alcanzar la realidad «tal como realmente aconteció».

En la *Third Quest*, los textos evangélicos parece que recuperen un talante de crónica, que habían dejado de tener. La historia, para la tercera investigación, ha dejado de ser compleja y problemática. Parece que ya

<sup>17</sup> El trabajo del «Jesus Seminar», fundado en EEUU en 1985, ha sido el de ir determinando qué textos pueden atribuirse a Jesús y qué textos sólo probablemente pueden situarse en el marco de la predicación de Jesús. Los resultados del trabajo de este grupo interconfesional de exegetas (más de setenta) está publicado: *The Five Gospels: The Search for the Authentic Words of Jesus*, New York, 1993 (R. W. Funk/R. W. Hoover, eds.).

<sup>16</sup> Cf. R. BERMEJO, «Historiografía, exégesis e ideología», RCaT 30 (2005) 349-406, nota 3 de la p. 350.

sepamos lo que es la historia y, por tanto, hay que buscarla en los datos que tenemos a nuestra disposición. Sin embargo, como los datos históricos son terriblemente silenciosos y hieráticos, hay que aceptar el sentido preponderante de los temas según se pensaba en aquellas circunstancias. Con lo cual no queda mucho espacio para una novedad y un carácter profético que pueden ser perfectamente válidos en el marco de un judaísmo que fue profético desde el comienzo.

### Reflexiones finales

Como en tantos otros temas teológicos, la investigación sobre el Jesús histórico, de los últimos doscientos años, con sus vaivenes y alternancias, ha sido altamente positiva. Ha ayudado a una comprensión más justa de la naturaleza de los evangelios y nos ha acercado con mucho más tino al comienzo del Cristianismo. Hay que subrayar que este mejor conocimiento de los hechos fundacionales del Cristianismo es muy relevante para una correcta comprensión del tema que hoy nos ocupa. Porque, si bien es verdad que el Cristianismo comenzó con la mañana de Pascua (entendiendo por este dato los complejos sucesos que son denominados apariciones de Jesús), sin embargo los cristianos proclamaron que Jesús era hijo de Dios desde el comienzo, es decir, desde su concepción (Mt 1-2; Lc 1-2)

o desde siempre (Jn 1,1-2.14.18). En una palabra, el objeto de la fe cristiana es también eterno, aunque aparece en el espacio y el tiempo de Jesús. Él es el *Kyrios* (Señor) desde siempre, aunque Jesús nace en Belén unos pocos años antes de la era cristiana.

He aquí el núcleo de la fe cristiana que, por tanto, tiene en la historia de Jesús un referente insoslayable. De todos modos, el hecho de que el Cris-

---

*la «tercera etapa» (desde 1980)  
recupera cierta ingenuidad  
en la investigación al suponer  
que es posible alcanzar la  
realidad pasada «tal como  
realmente aconteció»*

---

tianismo refiera la historia de Jesús, no quiere decir que esté primordialmente interesado en la posibilidad de retrazar esta historia al pie de la letra («tal como realmente sucedió»). El interés del Cristianismo en Jesús es más modesto y limitado. No podemos pedir a los autores del NT que nos presenten la historia de Jesús que lo hagan de forma impecable y con los muchos detalles que nuestra curiosidad anhela recomponer.

Este es el marco de la pregunta por el Jesús histórico al que la exégesis y la historiografía han dedicado su aten-

ción a lo largo de más de doscientos años. Un cierto balance, pues, para concluir.

### *Sobre las etapas*

Es patente que la periodización de la «Old Quest», «New Quest» y «Third Quest» tiene sólo un valor intuitivo, global y aproximativo. No puede tomarse como una clasificación técnica o férrea. También está claro que el vacío entre la *Old Quest* y la *New Quest*

---

*el Jesús que anunciaron  
sus discípulos, al mismo  
tiempo que un personaje  
histórico, es el Cristo  
o Mesías*

---

(lo que se llama también «No Quest») no es real. Se trataría de un vacío de cincuenta años y, además, el interés de estos años por Jesús y su historia es claro y patente. En cambio, la distancia que nos separa de la *New Quest* nos permite valorar esta segunda etapa como una etapa de maduración hermenéutica. En el caso que nos ocupa ésta es una constatación relevante.

Lo que se clarifica en la *New Quest* es que el *kerigma* (la interpretación cris-

tiana que se proclama) no sólo es el marco de nuestra propia interpretación del cristianismo, sino que es el objeto de nuestra interpretación. Lo cual quiere decir que el Jesús del *Kerigma* es más que el Jesús histórico. No es que no sea el Jesús histórico, sino que va más allá del Jesús histórico, pero, en cambio, está paradójicamente (teológicamente) proyectado en el Jesús histórico. Esta aportación de la *New Quest* se hace de diversas formas y con diversos protagonistas (no solamente discípulos de Bultmann). Pero se trata de una aportación hermenéutica que la tercera etapa no va a recoger. La tercera etapa vuelve a la primera: se intenta por todos los medios volver a la historia de Jesús «tal como realmente sucedió»: Sus resultados, hasta el presente, no son excesivamente alentadores.

### *Sentido de la historia y papel de la historia para el Cristianismo*

Hemos aprendido, a lo largo de los años, que la historia es un concepto mucho más complejo y problemático de lo que parece y se implica en los renovados esfuerzos de la tercera etapa. La historia (siempre sistematizada porque nadie quiere oír hablar de la historia de los «bruta facta») no es una realidad que pueda utilizarse mecánica o automáticamente como criterio de verificación o de autenticación.

En este sentido ya hace más de cincuenta años que se nos recordaba que



el Cristianismo no está interesado en la historia como reconstrucción del pasado, no apela al pasado como tiempo idílico y romántico. Porque, de hecho la historia de Jesús no llevó a creer. Pero, en cambio, el Cristianismo, cuando quiere ofrecerse al futuro apela al género literario «evangelio» que es, por lo menos en lo que se refiere a la forma, un género literario biográfico.

Además, la historia, como narración de pasado humano, por una parte nos defiende de la huida hacia delante, y por otra nos fuerza a no montar una «teoría» del pasado humano como tal. En una palabra, la historia tiene una función crítica. En el caso de Jesús, esta función crítica pone ante nosotros no sólo el «prae nos» (antes de nosotros), sino también el «extra nos» (fuera de nosotros) del mensaje cristiano. Como ya hemos dicho antes, el objeto de la fe es, de alguna manera, anterior a nuestra misma confianza y, como tal, es una magnitud que no podemos construir a nuestra medida.

Por otra parte, la historia tiene para algunos más valor que para otros. Esto es verdad, y no como afirmación banal. ¿Qué papel tiene la historia de Jesús en el Cristianismo? En el Nuevo Testamento (NT) algunos autores valorarán la historia más que otros. O lo harán de forma diversa que otros. Pero, y aquí tenemos uno de los aspectos más difíciles de siste-

matizar, cada autor dará a la historia un valor determinado. Si se pretende imponer al NT el valor de la moderna historiografía («tal como verdaderamente sucedió»), como criterio último para autenticar o para desmentir, va a ser muy difícil poder alcanzar el talante y mensaje de obras que se han escrito con otros intereses históricos y confesionales.

### *Jesús*

Como hemos enunciado antes, la investigación del Jesús histórico ha hecho avanzar notablemente el conocimiento de Jesús. Muchos de los temas fundamentales de su vida y de su predicación han sido notablemente profundizados y clarificados. A ello han ayudado el mejor conocimiento del Judaísmo ambiental (Qumran y los *targumim*), los estudios sobre la predicación de Juan (el marco apocalíptico) y su comparación con la de Jesús, una mayor información sobre las condiciones de vida de Galilea, la piedad judía de la época, etc. Pero, al mismo tiempo, el hiato entre Jesús y el Cristo continúa siendo patente. Este hiato es de diversa índole en los autores del NT. Sin embargo, para los grandes autores (Pablo, evangelistas, Hebreos, Apocalipsis) Jesús de Nazaret, el Jesús histórico, sigue siendo el criterio último de la identidad cristiana, es decir, de Jesús el Cristo. Es decir, no sólo hay continuidad entre Jesús y el Cristo: hay identidad entre

ambos. No se puede utilizar el uno contra el otro, como ocurre a menudo.

Sin embargo, a pesar de la importancia y centralidad de Jesús para la identidad cristiana, la tradición cristiana no ha considerado nunca que la historia de Jesús se pueda «canonizar». Es más, los intentos de los primeros años (el *Diatessaron* de Taciano

[s. II], un resumen concordado de los cuatro evangelios canónicos, es una muestra elocuente de ello) no fueron considerados aceptables. Y los que hoy en día continúan ofreciéndose, tampoco lo son. El papel crítico de la historia de Jesús sigue siendo un punto de referencia en el Cristianismo. Pero no como realidad histórica autónoma, sino como identidad del que sigue siendo el *Kyrios*. ■